

LA HISTORIOGRAFÍA DECIMONÓNICA Y LA FIGURA DE FUSTEL DE COULANGES

Luis Rojas Donat

La historiografía de fines del siglo XVIII e inicios del XIX dedicada a los estudios sobre Grecia, se caracteriza por el eminente espíritu crítico. Los historiadores ocupaban cátedras de elocuencia, retórica, derecho. Sin embargo, aquellos que renovaron los estudios no provenían todos del ámbito universitario. Niebuhr era embajador, Grote era banquero y parlamentario. El estudio moderno de la historia antigua nace, pues, fuera de las universidades. Para que naciera esta historiografía eran necesarias algunas condiciones:

- 1.- Era preciso olvidar la querrela por anteponer el mundo moderno al antiguo. Así se podía no solamente leer y traducir a los antiguos, sino corregirlos. De un *aggiornamento*, en base a la crítica de las fuentes, nace un nuevo conocimiento y nuevos problemas.
- 2.- También era necesario considerar a los griegos como una nación, una totalidad, aunque fuera una pluralidad de estados. La Filosofía de la Historia y el Romanticismo tuvieron un peso notable sobre la historiografía, en especial en Alemania (Goethe, Herder).
- 3.- Se sumó a las anteriores, el interés que despertó el descubrimiento de documentos y las excavaciones, testimonios estéticos y materiales, todo lo cual redundaba en apreciables avances en el conocimiento que generaban estos restos. La laicización de la historiografía antigua permitió el uso de un método riguroso y crítico desde el punto de vista de la filosofía. Sin embargo, se tiñó de un racismo al exaltar el dominio del hombre blanco que se extendía por Asia y África. Ante todos los progresos señalados, la historia aparecía retrasada.

De esta manera, la Historia Antigua se constituye en una disciplina científica gracias al desarrollo de la Filosofía clásica en Alemania entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Aunque hubo tardanza, los alemanes produjeron los primeros frutos en esta nueva perspectiva. Una tendencia a la historia universal y otra tendencia a la historia monográfica

Los verdaderos fundadores de la moderna historiografía se hayan principalmente en Alemania: en el tránsito de ambos siglos, Barthold Georg Niebuhr con su *Römische Geschichte* (1812), gran obra sobre Roma basada en la crítica filológica de las fuentes latinas, usando mucho la analogía; influido por una visión pesimista de la democracia griega, August Boeck intenta abandonar la idealización de Atenas, escribiendo en 1817 *La economía del estado ateniense*, a través de la epigrafía y los textos literarios.

K. D. Müller escribe con carácter enciclopédico, al tiempo que se introduce en la Metodología de la ciencia filológica. De Grecia escribió con un criterio étnico, digamos una visión racial. Johann Gustav Droysen se adentra en la historia política. Su proyecto era estudiar el helenismo (*Geschichte des Hellenismus*, 1836–1843, 2 vols.), la figura de Alejandro y sus sucesores (*Geschichte Alexanders des Großen*, 1833), y la formación de los estados helenísticos. Disponía de una sensibilidad romántica y una

formación filológica. Se ocupa de la unidad política de Grecia. Sin duda, exalta a Grecia al decir que Asia y Oriente fueron fecundados por los griegos. La expansión de Alejandro representaba la eterna lucha entre Oriente y Occidente. Los períodos anteriores no le interesaban, y es la razón por cual ponía atención a la “edad moderna” de la Antigüedad, esto es, la preparación para el cristianismo. Ernst Curtius escribe sobre Grecia (*Geschichte Griechenlands*). Pasa de una monografía regional sobre el Peloponeso a una historia griega. Fue un éxito editorial, pero no apreciada por los doctos. Aparece aquí una confrontación maniquea en los dorios —severos, conservadores y antidemocráticos— y los jonios —trabajadores, inteligentes y amigos de los placeres— con un criterio manifiestamente racial. Los griegos habrían recibido todos los elementos de su civilización desde el exterior. Se ha considerado que lo mejor de la obra de Curtius son las magníficas descripciones geográficas que revelan un conocimiento directo de la zona, con esa rica sensibilidad para percibir su influjo. Los historiadores alemanes trataban de encontrar la unidad en el pueblo griego, influidos por la diversidad alemana que buscaba su unidad en el gobierno prusiano.

Entre los ingleses hubo una tendencia a estudiar la Grecia, donde en parte se reflejaron las disputas entre la isla y las colonias americanas, la libertad y el liberalismo. Varios temas dominan esas historias griegas: el período de Filipo de Macedonia y de Alejandro. A fines de siglo se aprecia el influjo de la filología y una sensibilidad política. John Gillies con su *The History of Ancient Greece, its colonies, its conquests* (1790) acusa la tendencia a enaltecer la democracia y desacreditar el despotismo de los tiranos. Con *History of Greece* (1784) Williams Mitford desea que la historia de Grecia sea una verdadera escuela política; alaba a Esparta y su gobierno oligárquico, un especie de campeón de la hostilidad contra de democracia. George Grote, en su obra *History of Greece* (1846-56) ofrece una mirada demasiado modernizante y burguesa de la democracia griega. Merece mencionarse el tratamiento de los mitos, organizados por ciclos. Otro punto es la política, donde presenta la democracia como el gobierno del pueblo. Sustrayéndose a la tentación racista de su tiempo, afirma que la libertad de la democracia ateniense representa un paradigma para la época moderna.

Las grandes transformaciones 1860-70 y la nueva historiografía del XIX y XX.

Es la época de un cambio radical de carácter general e ideológico. Se trata de una crítica profunda de carácter científico que afecta no solamente al método, sino también a los temas, en especial los políticos y sociales. El proceso unitario de Italia y Alemania, crean el marco donde se refuerza la idea del estado nacional frente al pequeño estado y la confederación. La consecuencia para el estudio de la historia griega será un cambio de interpretación cada vez más unitario, nacional, valorizando los estados hegemónicos: Atenas, Esparta, Tebas y sobretodo Macedonia. La tradición germana de una historia más científica se difunde por toda Europa. Profesores alemanes vinieron a enseñar a Italia: Beloch a Roma, Holm a Palermo. Muchos profesores fueron a estudiar a Alemania.

Los problemas sociales que surgieron vinculados al socialismo emergente tuvieron su correlato en los temas abordados sobre Grecia: la propiedad de la tierra, la esclavitud, la economía antigua.

1.- La tendencia fue a una historia científica, que consistió en una atención filológica e crítica de las fuentes (literarias, epigráficas, etc) y la eliminación, cada vez mayor, de los juicios de valor moral, frecuentes en la historiografía de comienzos del XIX. La historia se presentaba así neutral, tentada a presentar la reconstrucción histórica como producto exclusivo de una valoración científica de la documentación: crítica a la fuente, datos cuantitativos, todo lo medible, vg. la obra de Karl Julius Beloch (*Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig, 1886, *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, Leipzig, 1937), la Historia se identifica con los documentos. Este fue el “paradigma científico”.

2.- Había que acotar científicamente a la Filología. No se permitió hacer cualquier comparación como se hacía antes, para cautelar que no fuera utilizada en otro campo, mitológico o religioso. La tendencia fue superar la antítesis mundo clásico y mundo bárbaro, o antiguo y moderno, para afirmar la unidad y superioridad de la nación aria. Pero a fines del ochocientos, con el desarrollo de la sociología y la economía, las comparaciones vuelven a realizarse con el influjo decisivo de Max Weber con los tipos ideales (*Wirtschaft und Gesellschaft*, 1922, 2 vols).

3.- Extendiéndose a gran escala las excavaciones arqueológicas, la historia griega atrajo la curiosidad de los historiadores: Troya, Micene, Orcomeno y Tirinto. Estas provocaron dos reacciones: por un lado, se mantuvo la sistemática negación del valor de la tradición helenística sobre la edad heroica entre los historiadores de fines del siglo XIX y del XX. Por otro lado, se buscó confirmar arqueológicamente algunos mitos. El desciframiento del Lineal B por Ventris y Chadwick, fue decisivo en la revalorización de la civilidad micénica y la minoica en relación con Grecia. Desde entonces, los datos arqueológicos serán imprescindibles para los historiadores de Grecia, puesto que comprobaron las relaciones que los griegos tuvieron con diferentes pueblos.

4.- La constitución de la historia como una ciencia debido a la influencia germana y la adhesión de muchos historiadores al canon interpretativo inspirado en el modelo germánico de la unidad bajo la forma del gran estado nacional, suscitó reacciones. Dos historiadores aparecen en escena con miradas distintas: Jacob Burckhardt y Fustel de Coulanges. Ambos fueron criticados por el uso débil de las fuentes y poco informados de los descubrimientos recientes, pero sus obras fueron muy fecundas.

JACOB BURCKHARDT, *Griechische Kulturgeschichte*, obra póstuma que se publicó a partir de los apuntes de las lecciones dadas entre 1872 y 1885. Burckhardt se propone hacer la historia de los modos de pensar y las concepciones de los griegos, e indagar acerca de las fuerzas vitales, constructivas y destructivas, que agitaron la vida griega. La civilización griega es presentada a través de tres fuerzas que la sostienen: el estado, la religión y la cultura, como indican sus lecciones acerca de la historia universal.

La civilización griega es delineada con extraordinaria agudeza a través de cuadros complejos y grandes bloques cronológicos. La obra no es siempre coherente en su propósito de llegar a descubrir al hombre griego en su devenir histórico, pero es magnífico el tratamiento de la ciudad griega y su civilización (el hombre heroico, el hombre colonial y el hombre agonial), ya que revela una comprensión profunda de

aquel mundo. La obra no entraba en el relato de los acontecimientos, pero el aporte fue enorme, aunque algunos historiadores la juzgaron muy negativamente. El gran suceso de la *polis* fue puesto de relieve por él, aun cuando ya había sido presentado antes. Todo ello reveló que era posible presentar un punto de vista diferente del aquel de la historiografía alemana, fuertemente hegemónica hasta entonces.

NUMA DENYS FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua* aparece en 1864, se proponía poner a una cierta distancia la antigüedad y su revolución. Unió magistralmente el derecho y la religión, instituciones y formas de comunidad, propiedad y sepulturas. Su construcción modificaba el esquema aristotélico de la formación de la *polis* (de la familia y la aldea) según una concepción lineal. Proponía una línea de desarrollo de la familia al Estado que desembocaba en la pérdida de la independencia debido a las luchas sociales intestinas; todo ello habría provocado el fin de la ciudad y la intervención extranjera solicitada por la aristocracia. La obra volvía sobre la discusión decimonónica acerca del Estado y el origen de la propiedad. Proseguía con la reflexión en torno a la libertad de los antiguos, atribuyendo al mundo antiguo en general, la absorción del individuo en la comunidad. Era una visión sistemática, conservadora, con una clara tendencia a la simplificación y afilológica. Sin embargo, la obra tiene una gran fuerza intelectual al contener un esquema interpretativo de toda la vivencia histórica del mundo greco romano. Se puede decir que es la obra madre de la visión sociológica que después hará famosa Emil Durckheim. Es también una historia de Grecia pionera en Francia. Es interesante constatar dentro del marco del nuevo clima positivista, un historiador como Fustel de Coulanges, muy sugestivo en la reconstrucción, presentase su obra como totalmente objetiva y científica.

El contexto en que escribe es fundamental para entender los objetivos que se ha trazado al concebir este magnífico libro: los tiempos inmediatos a la Revolución Francesa y a la intensidad de ésta y sus consecuencias, el imperio de Napoleón, la caída de la monarquía borbónica, los estadounidenses se habían enfrascado en una guerra interna que puso en jaque la subsistencia de la nación, las revueltas internas de Francia que hicieron temer un nuevo estallido revolucionario, disturbios éstos que también alcanzaron a Alemania.

El sociólogo

Numerosos estudiosos consideran a este autor unos de los primeros sociólogos, que se aprecia en la misma introducción cuando busca estudiar los *principios* y las *reglas* de la sociedad griega y romana. Es cierto que Montesquieu había incursionado antes en temas que pueden compararse. Los tópicos principales que dominan la obra de Fustel de Coulanges siguen siendo interesantes para la sociología: la religión y el culto, las instituciones familiares y la propiedad.

Abstrayéndose de los acontecimientos mismos, el autor reflexiona de modo teórico con gran lucidez, buscando que la historia sea, digamos, maestra de la vida. He aquí un párrafo que merece destacarse: *Los grandes cambios que periódicamente se manifiestan en la constitución de las sociedades, no pueden ser efecto de la causalidad ni de la*

fuerza sola. La causa que los produce debe ser potente, y esa causa debe residir en el hombre. Si las leyes de la asociación humana no son las mismas que en la antigüedad, es que algo ha cambiado en el hombre. En efecto, tenemos una parte de nuestro ser que se modifica de siglo en siglo: es nuestra inteligencia. Siempre está en movimiento, casi siempre en progreso, y, a causa de ella, nuestras instituciones y nuestras leyes están sujetas al cambio”.

A continuación, su pensamiento se guía por la historia clásica: *La historia de Grecia y Roma es testimonio y ejemplo de la estrecha relación que existe entre las ideas de la inteligencia humana y el estado social de un pueblo. Reparad en las instituciones de los antiguos sin pensar en sus creencias, y las encontraréis oscuras, extrañas, inexplicables... frente a esas instituciones y a esas leyes, colocad las creencias: los hechos adquirirán en seguida más claridad, y la explicación se ofrecerá espontáneamente.* El método comparativo que utiliza el autor le permite establecer conexiones semánticas e históricas de gran riqueza expresiva, aunque esas comparaciones resulten para los actuales historiadores de la antigüedad algo mecánicas, por lo mismo, en cierto modo forzadas: la historia decimonónica se hallaba condicionada a tener un carácter utilitario, de una u otra manera debía servir al presente, y con ello, hacerse más científica. Era también el espíritu del siglo.

La religión pasa a ser un aspecto básico de estas dos civilizaciones, especialmente la romana en sus comienzos. El valor de las leyes estaba fundado en que ellas llevaban implícito un orden cósmico más allá del orden humano que pretendían “ordenar”. En este aspecto, todo el capítulo relativo a la familia está en conexión directa con el derecho, pero presentado de un modo que apenas produce una impresión normativa. El derecho se convierte en sociología. Todo ello basado en la convicción de que el derecho es la prolongación temporal de la religión, de las creencias que se sitúan más arriba del plano puramente histórico. *El espacio sagrado*, dice el autor, *era sagrado, y la ley romana lo declaraba imprescriptible, porque pertenecía a la religión.* Considero que el capítulo dedicado a la ley es magnífico: lib.III, cap. XI: *los códigos de las ciudades eran un conjunto de ritos, de prescripciones litúrgicas, de oraciones, al mismo tiempo que de disposiciones legislativas.* Los ritos solemnes, la generación de las leyes, la noción de lo lícito o ilícito, el respeto venerado a las leyes, el carácter inmutable de ciertas prescripciones. Otro ejemplo notabilísimo de sensibilidad es el siguiente pasaje del mismo capítulo: *El origen religioso del derecho antiguo también nos explica uno de los principales caracteres de ese derecho. La religión era puramente civil, esto es, especial a cada ciudad: de ella no podía derivarse más que un derecho civil.*

El historiador

Es interesante esta visión de Fustel de Coulanges. En consonancia con la visión alemana decimonónica en que se buscaba el *Volksgeist*, el verdadero objeto de la historia, dice el autor, es el *alma humana*, de manera que al hacerlo se llega a lo que el *alma ha pensado y sentido en las diferentes etapas de la vida de la humanidad.* Marc Bloch decía que el historiador debía ir como un perro de presa tras el ser humano, y era él mismo que recordaba a Fustel de Coulanges como un genio en su estilo de describir y exponer, esa cuota de estilo que, decía, podía ser un don de hadas, difícil de adquirir si no se hubiese recibido desde la cuna. Y Jacques Le Goff ha mantenido este criterio de que al historiador le es necesario una cuota, más grande de lo que se piensa, de arte para exponer lo que el método empleado ha reconstruido.

El patriotismo es una constante en la obra, que quizás no alcance a ser nacionalismo. El sentimiento de patria va indisolublemente unido al de la religión. Especialmente cuando trata en el libro III, cap. XIII el patriotismo y el destierro: *La patria de cada hombre era la parte de terreno que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde reposaban los huesos de sus antepasados, y ocupada por sus almas.* En este aspecto, la descripción de los alcances que los estados de la antigüedad tenían sobre la sociedad merece elogios por su erudición, la pertinencia de las citas, los nombres y las anécdotas. El control del estado sobre los asuntos más baladíes, según nuestra actual concepción, provoca en el individuo un condicionamiento que resulta difícil de comprender actualmente. El concepto de libertad es un concepto histórico, que se forja en las circunstancias de cada sociedad.

Me interesa destacar la evolución del derecho, que está presente por doquier en la obra. La claridad de Fustel de Coulanges al analizar la formación y el modo de evolucionar de las leyes, precisa que tales tuvieron un origen más que humano, sagrado. Por eso las leyes, cualesquiera fuese su origen, en último término eran la expresión de una voluntad no humana. Por lo tanto, las leyes tendieron a ser inmutables, luego no eran derogadas, aunque se apreciara alguna contradicción con otros preceptos. No habiendo institución que sea eterna, la evolución de las ideas, es decir, el cambio de las ideas, llevaba consigo, inevitablemente, el cambio de ellas, *como consecuencia*, dice Fustel de Coulanges, *del desarrollo del espíritu humano*. Las ideas fundan instituciones, luego si ellas faltan o cambian, el “edificio social” también experimenta una transformación estructural. El derecho no fue, por lo mismo, inmutable, sino que también sufrió la evolución que en otros aspectos de la cultura se producía. Aquí se da paso a la noción de “cambio” o “revolución”, si ella alcanza una profundidad en el interior de una sociedad. La noción de *progreso*, tan apreciada por el siglo decimonónico, lo acerca al positivismo reinante en Europa occidental, fenómeno evolutivo que implicaba un mejoramiento de la humanidad.

* * *

Sin duda, en la actualidad, la historiografía ha dejado de buscar esa alma de que habla Fustel de Coulanges. Ni los historiadores que siguieron la vía de las mentalidades se atrevieron a calificar el objeto último de sus investigaciones como “alma”, o “conciencia colectiva”. Le Goff trató de precisar el derrotero de la “nueva historia” señalando que se proponía poner de relieve aquellos aspectos inconcientes de las sociedades. El sistema de valores fue la preocupación de Duby, incrementando otro concepto que todavía mantiene su vigencia. La definición misma de hecho histórico quedó con ello en entredicho.

Habría que decir que de vez en cuando se producen obras maestras como ésta, donde se aborda la verdad material que tanto interesa a la historiografía marxista, pero que se supera para entrar en las cuestiones filosóficas, metafísicas incluso, que se plantean a cada paso de su lectura. Un historiador sensible no puede menos que impresionarse con tan imponente observatorio en el que se despliega la sociedad antigua. Se trata, pues, de una obra que se plantea con un punto de vista omnicomprendivo de la sociedad y de los estados antiguos. Un precioso recuerdo que no puede olvidarse.

Bibliografía:

AMPOLO, Carmine, *La formazione Della moderna storiografia sugli antichi Greci*, Einaudi, Torino, 1997.

ROLDAN HERVÁS, José Manuel, *Introducción a la Historia Antigua*, Istmo, Madrid, 1975.

FUSTEL DE COULANGES, Numa Denys, *La ciudad antigua*, Porrúa, México, 1992.

MOMIGLIANO, Arnaldo, *A.D. Momigliano: studies on modern scholarship*, editado por G.W. Bowersock y T.J. Cornell, University of California Press, London, 1994.